

Cátedra de Realidad Nacional

Los mártires y la inclusión: análisis económico*

Lilian Vega**

Antes que nada, agradezco a las autoridades de la Universidad y organizadores por la invitación. Gracias a la cual me es posible estar en este espacio de reflexión y compartir con ustedes algunas ideas que he venido trabajando por algún tiempo. Ideas que tienen varias fuentes: algunos colegas que me han hecho reencontrarme con mis raíces en la formación económicas; la UCA, por proveerme del ambiente que me impele a mirar la realidad desde otra perspectiva distinta a la hegemónica; por supuesto, los mártires, quienes son referentes del compromiso por los pobres y de intelectualidad comprometida con el cambio a favor de las mayorías, y a quienes tributo respeto y admiración; el bueno del padre Ibi, como él solía decir al referirse a una persona, también es una fuente de reflexión y compromiso, sobre todo gracias a la vivencia de compartir con él sus últimos meses de vida terrenal, tiempo durante el cual radicalizó la crítica a toda forma de exclusión en sus escritos, y promovió la inclusión y participación de todos y todas con sus acciones; y, finalmente, mi nuevo y apasionante entorno de estudio, gracias al cual nuevas ideas o puntos de vista bullen en mi cabeza y me complementan vacíos que mi formación anterior dejó.

Aunque agradezco a todos los mencionados e involucrados en que este día me encuentre aquí frente a ustedes, debo dejar claro que todo lo expresado y por expresar es enteramente mi responsabilidad; por lo tanto, asumo los aciertos y desaciertos que cometa. Ahora, si me lo permiten, quisiera esbozarles un pequeño mapa de cómo voy a ir desarrollando estas ideas. En primer lugar, ¿por qué hablar de inclusión? En segundo, hablo un poco sobre el contexto global, para después enfocarme sobre la realidad de nuestro país. Luego, reflexionar sobre cómo creo que es posible, desde este espacio universitario, si es que así lo pretendemos, aportar a la transformación de la sociedad. Y, finalmente, presentar algunos elementos, tan solo eso, que, a mi juicio, deben estar incluidos en una propuesta cuyo fin sea contribuir a la transformación de la sociedad; en esa idea, he tratado de recordar y elaborar un poco alrededor de lo que el padre Ellacuría llamó “civilización de la pobreza” o “civilización del trabajo”.

* Texto del discurso ofrecido por la autora en la Cátedra de Realidad Nacional, el 12 de noviembre de 2008, en el marco del XIX aniversario de los mártires de la UCA.

** Jefa de Departamento de Economía, UCA. Correo electrónico: lvega@buho.uca.edu.sv.

¿Por qué hablar de inclusión en una cátedra universitaria?

Sobre este punto quiero traer a cuenta unas palabras que encontré en un documento firmado por la Junta de Directores de la UCA en 1979: “La Universidad Centroamericana ‘José Simeón Cañas’ (UCA) ha intentado desde sus comienzos conformar su identidad y sus funciones según las exigencias de la realidad salvadoreña. [...] La autodefinición alcanzada, siempre abierta a nuevas y progresivas actualizaciones, se ha debido fundamentalmente a la experiencia histórica [...] y a la exigencia ética de trabajar por su transformación. Experimentada esa realidad como injusta e irracional, la exigencia ética impulsa a la Universidad a trabajar a favor de aquellos cambios que propicien una realidad más justa y racional”. A partir de lo anterior, quiero centrar la atención sobre tres elementos.

En primer lugar, una de las características de la realidad actual es la ausencia de inclusión social que experimentamos la mayoría de la población, en diferentes ámbitos de la vida; en este sentido, hablar de inclusión/exclusión no es más que reaccionar, en este caso desde la academia, ante la realidad que experimentamos. En segundo lugar, la exigencia ética de trabajar por la transformación de la realidad nos lleva a plantear la necesidad de hacer evidentes aquellos ámbitos en los que la exclusión es más estructural; la economía, sin duda, es uno de estos ámbitos. Y, en tercer lugar, el documento al que me he referido es una prueba de que en la UCA existe una tradición de participación e inclusión social en la práctica, pues en el prólogo del mismo se menciona que para elaborarlo la Junta de Directores realizó reuniones de consulta con los miembros de cada uno de los departamentos académicos de la Universidad, entre abril y mayo de 1978.

En la actualidad, hablar sobre inclusión puede parecer extraño, pues para muchos los temas que se tratan en el mundo académico —y en el menos académico— están relacionados con elecciones, cambios, oportunidades, pobreza o la importancia de lo social sobre lo económico, por mencionar algunos. Temas puestos en la agenda social por los centros de poder hegemónico, esos mismos que se atreven a dictar los parámetros del desarrollo e incluso de la felicidad, y que nosotros rara vez nos atrevemos a cuestionar. Vale decir que los centros de los que hablo son aquellos que nos convencen de que las universidades deben estar en función de lo que el mercado demande.

Pero estamos quienes pensamos a la universidad no en función de las demandas del mercado, sino desde la necesidad de hacer de la liberación de los oprimidos el centro del actuar universitario: “Siguiendo siendo una tarea urgente en El Salvador la de dar vista a los ciegos y libertad a los oprimidos en un proceso global de liberación, que siga teniendo como destinatario principal de toda buena nueva a los más pobres y necesitados. Es lo que José Simeón Cañas hizo en su tiempo en un acto predominantemente político, aunque fundamentado en un sólido saber intelectual; es lo que hoy se debe procurar también, ahora que la esclavitud real se ha multiplicado más allá de lo que podía pensarse hace 162 años”. Palabras estas de Ignacio Ellacuría, que siguen tan vigentes como cuando las dijo en 1985.

Actualmente, la conducción económica y la racionalidad que determina nuestras decisiones diarias están dominadas por una lógica marcadamente in-

dividualista y competitiva, en la que predomina una mercantilización de todos los ámbitos de la vida humana. Lamentablemente, esta situación predomina aquí y en todo el mundo. La vigencia del sistema capitalista y la preeminencia del mercado llevan a una sociedad dual: de *los menos*, que son los incluidos, y *los más*, que son las mayorías excluidas. Hablando en términos económicos, la desigualdad provoca exclusión, y ésta se vive de diversas formas: desde el mercado laboral hasta el acceso a los servicios básicos como salud preventiva, educación básica y seguridad ciudadana, por dar unos ejemplos. Esta situación de exclusión masiva permite la perpetuación de la pobreza; una pobreza estructural que bloquea a las personas para acceder a todo aquello que les permita una reproducción material y espiritual adecuada, es decir, les impide lograr una vida digna. Quiero hacer notar la inclusión de lo material y lo espiritual.

Contexto de realidad

Sin duda, el fenómeno más importante de la realidad actual es la globalización. Y todos y todas, sin excepción, nos encontramos viviendo cotidianamente dentro de este ambiente globalizado. Sin ánimo de presentar un disertación sobre la globalización, me parece importante, al menos, bosquejar lo más característico de este fenómeno.

Lo primero, la inescapabilidad. Todos y todas, queramos o no, estamos inmersos en ella; esto en tanto que acciones realizadas o decisiones tomadas por personas distantes en lugares lejanos nos afecta. Por ejemplo, las decisiones de consumo de combustible o de producción de bienes que utilizan el petróleo tomadas por personas, familias, empresas o el Gobierno estadounidenses causan encarecimiento de alimentos básicos (como el maíz y la yuca) para una gran parte de la población pobre de los países de Sur, haciendo más probable la muerte por desnutrición de millones de personas, es decir, excluyendo a más personas del derecho humano a la alimentación. Es así como, con el objetivo de abaratar bienes y servicios que utilizan el petróleo o sus derivados como un insumo o materia prima en sociedades consumistas, se pone en peligro de muerte a millones de personas.

Por otro lado, esta globalización, causante de situaciones como la descrita, corresponde a la configuración de un sistema económico mundial capitalista que, como lo indica Hinkelammert, no necesita revestirse de un rostro humano debido a que se sintió ganador a partir de la caída del Muro de Berlín. Hinkelammert encuentra una relación simbólica muy fuerte entre la caída del Muro, el asesinato de la comunidad jesuítica una semana después y la posterior invasión de Panamá. Tres hechos manejados por los medios de comunicación de acuerdo a los intereses de los poderes occidentales hegemónicos. Desde entonces tenemos un mundo con un solo sistema, que se instala en todas partes gracias a la globalización. Un sistema que no admite cuestionamientos, y en el que hasta hace poco se escuchan críticas y pedidos de cambios estructurales. Pero ello no debido a los terribles resultados en pérdidas humanas y calidad de vida, sino a causa de las pérdidas multimillonarias de los capitalistas financieros, quienes se niegan

Los servicios básicos se convierten en meros instrumentos para elevar la competitividad de las empresas, relegando a las personas y sus derechos a un segundo plano.

a encontrar culpas en el mercado y las achacan a la poca intervención del Estado. Hago mías las palabras de Carlos Marx: “La desvalorización del mundo humano crece en razón directa de la valorización del mundo de las cosas”.

Este sistema, que se caracteriza por la expulsión y exclusión de gran parte de la población y por la impunidad de su actuar, es permitido gracias a mecanismos de dominación de quienes acaparan la riqueza, los medios de producción, el ingreso, los medios de comunicación y el sistema educativo; de quienes materializan su poder, a través de las fuerzas del mercado, sobre todo aquel agente económico que exhiba debilidad. Los sujetos predilectos de la dominación son las personas con menos ingresos, quienes son vistos como no importantes o desechables, o como sujetos sin derechos. “Todo mundo está dominado, sin embargo la dominación no necesita a los dominados sino que los considera como sobrantes y los trata como tales”, ha escrito Hinkelammert. Particularmente, suscribo esta afirmación.

Históricamente, este modelo ha significado desigualdad y exclusión de la mayoría de la humanidad a todo nivel. Abundan los ejemplos sobre los resultados desiguales que el sistema capitalista produce: el mexicano Carlos Slim es uno de los hombres más ricos del mundo, mientras que en su país cerca del 60% de las personas son pobres. En el extremo de los excluidos, una quinta parte de la población mundial todavía no tiene acceso a agua potable, alimentación adecuada y atención básica de la salud; cien mil personas mueren diariamente víctimas de las enfermedades causadas por la desnutrición, de las que cuarenta mil son niños menores de cinco años. La pobreza no excluye a ningún lugar del mundo; incluso en los países más avanzados viven personas a las que les resulta difícil satisfacer sus necesidades más elementales. Los migrantes suelen ser el ejemplo más visible de lo anterior. En lo que respecta al empleo, según cifras de la OIT, en los últimos diez años el desempleo ha aumentado más del 20%, al mismo tiempo que también ha aumentado el sector informal.

Todo esto es resultado de la enorme concentración de ingreso y poder en el mundo. Dice Galeano en su libro *Patatas arriba: la escuela del mundo al revés*: “En los extremos de los extremos, entre los ricos riquísimos, que aparecen en las páginas pornofinancieras de las revistas *Forbes* y *Fortune*, y los pobres pobrísimos, que aparecen en las calles y en los campos, el abismo resulta mucho más hondo. [...] La pobreza mata cada año, en el mundo, más gente que toda la Segunda Guerra Mundial, que a muchos mató”. Tanto así, que el 20% de la población mundial consume el 90% de los recursos o, lo que es lo mismo, 3 mil millones de personas reciben el 1.2% del ingreso total del mundo mientras mil millones de personas en países ricos reciben el 80% del ingreso. El mercado, con su lógica centrada en la monetización de todos los bienes y servicios que las personas necesitamos para vivir, mercantiliza casi todos los aspectos de la vida humana, al mismo tiempo que impone una cultura egoísta en la cual priva lo individual frente a lo familiar, comunitario y social. Se da una relativización de los valores socioculturales, filosóficos, éticos y religiosos frente al dominio del dinero y de los intereses económicos privados o individuales, no comunitarios.

La mercantilización es tal que ni siquiera la fe escapa a ello. Por ejemplo, en la edición de junio-julio de 2008 de la revista *El Economista Regional* se

presenta un artículo sobre Thomas Monaghan, cuyo título es “Un negocio con fe”. Thomas Monaghan, fundador de Domino’s Pizza y uno de los hombres más ricos del mundo, no duda en decir que “su éxito en los negocios se lo debe a su creencia en Dios”. Más adelante, en dicho artículo, se presenta la respuesta que él dio ante la pregunta de su preferencia por América Latina: “La mayoría de la población católica está concentrada en Latinoamérica; y se pueden salvar más almas por la misma cantidad de inversión que en EUA”.

Cuando los Gobiernos aceptan que sea el mercado quien asigne todos los recursos con los que cuenta la sociedad, sean estos financieros, físicos, naturales, sociales o humanos, esto implica una desvalorización del bienestar de las personas. Esta forma de concebir el bienestar se reduce al terreno de la utilidad económica o monetaria, abstrayendo toda implicación ética, filosófica, política o social. De este modo, el objetivo de la sociedad se reduce a lograr que el mercado funcione lo más ampliamente posible, y esperar que esta situación consiga la mejor asignación de los escasos recursos; asignación que, hay que decir, se logra en función de la productividad y competitividad de los diferentes recursos considerados grupal e individualmente.

Es así como el bienestar es resultado de la capacidad personal —en función de la productividad y competitividad—, con lo cual la viabilidad de contar con un bienestar adecuado se condiciona a las posibilidades de financiación propia. Entonces, el Estado reduce su aporte al bienestar general a procurar las mejores condiciones para que el mercado funcione. Dentro de esta lógica, los servicios de educación, salud y seguridad son provistos en razón de la necesidad de elevar la competitividad de la localidad (país, ciudad, comunidad), y no porque sean servicios que aumentan las posibilidades de que las personas tengan una vida digna y plena. En otras palabras, los servicios básicos a los que toda persona tiene derecho se convierten en meros instrumentos para elevar la competitividad de las empresas, relegando a las personas y sus derechos a un segundo plano; todo esto con la aprobación de los Estados y de la sociedad.

Además de generar desigualdad y exclusión, este modelo genera riesgos cada vez mayores. Estos riesgos, aunque los compartimos todos más allá de la conciencia que tengamos de ello, los enfrentamos de manera distinta; la vulnerabilidad con la que les hacemos frente difiere grandemente. Esta sociedad mundial genera desigualdades; contradicciones con la democracia; un enorme poder para defender los intereses económicos, sociales, políticos y culturales de una pequeña fracción de la humanidad; e indiferencia ante la violación constante de los derechos básicos de gran proporción creciente de la población.

En el estado actual de la sociedad globalizada, el aumento de la pobreza y desigualdad, las crisis ecológica y alimenticia, la pérdida de democracia participativa y la imposición mediática de ideologías y cultura globales con tendencia a imponer un pensamiento único son resultados esperables. Es decir, un mundo, una región, un país en el que la exclusión se convierte en nuestro diario vivir, y la inclusión nos suena como una palabra cuyo significado no alcanzamos a entender.

Una sociedad genera tanto más exclusión en cuanto menos es capaz de producir sentido de comunidad entre sus miembros y cuanto más reduzca las posibilidades de la mayoría de influir en el poder.

No quiero terminar esta idea sin plantear que la vigencia de este sistema tiene como soporte la validación colectiva; en este sentido, creo que es un deber ético de carácter urgente develar la injusticia detrás de él, para construir conciencia transformadora en las personas. Esta civilización, basada en el capital y la riqueza, que incluye a cada vez menos personas y excluye a cada vez más, ha llevado a que el grupo de incluidos no solo goce de los bienes y servicios básicos necesarios para una vida digna, sino que además logre acumular riquezas escandalosas, que a su vez le permiten depredar el mundo e imponer su visión de felicidad y bienestar.

Detrás de esta situación existen relaciones de poder cimentadas en la acumulación de riqueza material individual o privada, principalmente; riqueza que permite imponer una lógica de dominación a favor de sus poseedores. Una sociedad será tanto más excluida en cuanto un individuo o grupo de individuos logre imponer su poder a su favor en detrimento del resto. Es decir, y parafraseando las palabras del P. Ellacuría, en tanto algunos puedan considerarse ricos en contrapartida con los pobres y en contraposición con ellos.

La pobreza define las carencias en función de un estándar, mientras que la exclusión remite a una situación de carencia producto de relaciones de poder desiguales, es decir, la exclusión se explica en el ejercicio de poder de un grupo social contra otro.

Los individuos incluidos o integrados son aquellos que participan en cierto grado de la elaboración de sentido del sistema social en el que viven, es decir, tienen una participación real en la toma de decisiones que les afectan y, por lo tanto, forman parte, en alguna medida, de un sistema de relaciones de poder en el que pueden actuar a su favor. Por oposición, los individuos excluidos son aquellos que están fuera de toda posibilidad de acceso a poder y que, por lo mismo, no pueden participar en el sentido del sistema, son relegados en el no sentido.

Se dice que una sociedad genera tanto más exclusión en cuanto menos es capaz de producir sentido de comunidad entre sus miembros y cuanto más reduzca las posibilidades de la mayoría de influir en el poder. La realidad mundial parece asemejarse mucho a la situación descrita. Hasta aquí, el panorama de la realidad global. A continuación quisiera que diéramos una mirada a la realidad de nuestro país.

Situación en El Salvador

En El Salvador, la pobreza ha sido ampliamente estudiada, sobre todo aquella que se reduce a la pobreza de ingreso. Las cifras oficiales dan cuenta de la evolución del porcentaje de personas pobres que viven en país; según datos del Gobierno, el país ha sido relativamente exitoso en disminuir la pobreza. Así, estos cálculos indican que en 1991 la pobreza alcanzaba a un 59.7% de los hogares, y para 2006 este porcentaje de hogares pobres bajó a 30.7%. Sin embargo, estas cifras esconden situaciones de carencia para muchos hogares en alimentación, vivienda, vestuario, educación, salud, esparcimiento o espiritualidad. Como muestra, a continuación algunos datos de Digestyc.

El ingreso promedio de los hogares para el año 2006 fue de \$247.42, mientras que la canasta de consumo promedio familiar superó los \$685; entonces, queda sin cubrir más del 65% de sus necesidades. Al mismo tiempo,

la quinta parte de la población más rica acapara la mitad del ingreso del país: estas personas poseen un ingreso más de 15 veces mayor que la quinta parte de la población más pobre. Estos datos cuestionan la complacencia gubernamental y de algunos organismos internacionales y centros académicos respecto a la evolución positiva del bienestar de las familias salvadoreñas, y nos obligan a plantear otra forma de mostrar la realidad, de modo que refleje mejor la manera en que viven las personas en el país.

Una respuesta es tratar de abandonar el enfoque de la pobreza de ingreso como medida del bienestar de la población, y en lugar de ello utilizar el enfoque de la exclusión. Más allá de las cifras, se trata de dos enfoques que enfrentan la situación de carencia desde perspectivas diferentes. La pobreza define las carencias en función de un estándar, mientras que la exclusión remite a una situación de carencia producto de relaciones de poder desiguales, es decir, la exclusión se explica en el ejercicio de poder de un grupo social contra otro. Desde la pobreza, la desigualdad es un tema marginal o, en el mejor de los casos, agregado; mientras que desde el segundo enfoque, se explica la existencia de la exclusión como expresión más extrema de las desigualdades sociales. Por lo anterior, el enfoque de pobreza plantea la reducción de la misma como una especie de voluntarismo moral, en el cual, por ejemplo, las transferencias, condicionadas o no, son un mecanismo adecuado para superarla; mientras que el enfoque de exclusión plantea que para superar esta situación, y por tanto la pobreza, se necesita redefinir las relaciones de poder, lo que interpela el contrato social existente y, con ello, el papel del Estado.

Más que un mecanismo de transferencia lo que se necesita es que se provean las condiciones para lograr una ciudadanía social efectiva de toda la población, entendida como la posibilidad de participación real en la toma de decisiones que afecten a esta última. Si el enfoque de la pobreza plantea la existencia de una ciudadanía social deficiente, el enfoque de la exclusión nos enfrenta a la ausencia de ciudadanía; por lo mismo, existe un bloqueo para lograr superar la pobreza.

Existen muchas formas para tratar de medir la exclusión. En esta ocasión sólo quiero presentar alguna evidencia empírica que logramos construir utilizando la *Encuesta de Hogares de Propósitos Múltiples* de la Dirección General de Estadística y Censos de El Salvador. Si clasificamos la forma en que las personas logran insertarse en el mercado laboral, podemos identificar tres formas de inserción: de calidad alta, la cual la logra el 31% de las personas que trabajan; calidad media, el 24%; y precaria, categoría en la que se encuentra más de la mitad de la población trabajadora (52%).

Inclusión también significa poder contar con acceso a la seguridad social. ¿Qué implica esto? Contar con el respaldo necesario para enfrentar los riesgos como accidentes, enfermedades, pérdida de trabajo. Si nos circunscribimos solo a los servicios de salud, resulta que en el país menos del 1% de la población (el 0.31%, o sea, 3 de cada mil) posee acceso a seguro privado; 21.7% de la población cuenta con seguridad social a través de alguna institución pública, como el ISSS o Bienestar Magisterial; mientras que más de tres cuartas partes de la población (78%) no tienen acceso a ningún seguro.

Sin duda, un mecanismo de inclusión es la educación. Los datos nos muestran que casi dos tercios de la población (64%) no logran obtener ni siquiera un certificado de sexto grado; solo 9 de cada 100 salvadoreños logran alcanzar una educación superior; y menos de 15 de cada 100 logran el título de bachiller. El 41% de la población sufre algún tipo de exclusión y 21.1% no solo se encuentra excluida sino bloqueada, es decir, sin perspectivas de poder mejorar su nivel de vida, sin posibilidad de alcanzar una vida digna. Al combinar estos tres indicadores (inserción laboral, salud y educación) podemos establecer que lo que prevalece en El Salvador es la exclusión, no la inclusión.

Con esta realidad, ¿qué nos toca?

Para que la globalización capitalista y cualquier sistema económico-social funcionen a favor de la mayoría de las personas se necesita que todas las relaciones sociales, nacionales e internacionales, se impregnen de ética y equidad a todo nivel. En este modelo se ha idolatrado al mercado. Sin embargo, debemos entender que el mercado no es más que un instrumento, no la razón de ser. La razón de ser es el bienestar y desarrollo de todos, con énfasis en los más excluidos. Así, tenemos una responsabilidad urgente que asumir: debemos repensar la sociedad, la cultura, la economía, la política, las finanzas y las relaciones de género; debemos difundir esta nueva forma —ética y humanista— de ver el mundo; y debemos actuar para cambiar las estructuras que dan base al actual modelo, y estar conscientes de la realidad que nos envuelve para, en la medida de lo posible, evitar ser absorbidos por el sistema capitalista en su conjunto y por la ideología que lo sostiene.

La economía solidaria no es una simple estrategia de sobrevivencia, tiene además un componente de resistencia y rebeldía, de liberación: en el largo plazo quiere cuestionar y eliminar las causas estructurales de la pobreza y exclusión, eliminando todo lo que amenace la vida.

Si no logramos ese nivel de conciencia, tanto individual como institucionalmente, no haremos más que jugar un rol funcional a las necesidades del mercado. No seremos un lugar de respuesta crítica, sino más bien tenderemos a no ser más que el reflejo del conjunto de intereses sociales definidos por el poder. Por esta razón, debemos alejarnos de quienes nos llaman a promover el saber y el quehacer que vende, no el que libera y transforma. No debemos olvidar que,

como señala Ignacio Ellacuría, “la universidad es una realidad histórica, en cuanto está condicionada por lo que es la realidad en que se da, y debe ser una realidad histórica, en cuanto se esfuerza en no ser arrastrada por lo que es su contexto histórico y en cuanto intenta contracondicionar y transformar ese contexto desde su propio carácter universitario”.

Desde este carácter universitario, que integra la docencia, la investigación y la proyección social, es necesario recuperar como horizonte utópico la civilización del trabajo como alternativa a la civilización del capital que ha llevado a esta globalización deshumanizante. Esto supone la negación superadora de la civilización del capital y de su dinámica fundamental, y la construcción de una nueva sociedad ya no estructurada por las leyes del capital, que le dé primacía al dinamismo del trabajo humanizador.

La superación de esta situación es uno de los mayores desafíos a la inteligencia de la universidad. Esta debe encontrar la respuesta teórica adecuada

y orientar hacia la solución práctica efectiva. La universidad debe trabajar en función de una sociedad y tipo de ser humano alternativo, es decir, solidario, ético, democrático, equitativo, en contraposición al dominante: individualista, capitalista, neoliberal.

La universidad debe estar lo más cerca que le permita su ser universitario de las mayorías populares y excluidas, ayudándolas a que tomen conciencia de sí mismas y a que se conozcan en todas sus potencialidades. La investigación es un lugar privilegiado para actuar como universidad creadora de conciencia, promotora del cambio social y acompañante de los sujetos de su desarrollo. Dentro de la universidad, los temas fundamentales son todos aquellos que abonen al objetivo de visibilizar la realidad y permitan contrarrestar la imposición del pensamiento hegemónico. La investigación, la docencia y la proyección social deben ser entendidas como un hacer en pro del cambio social a favor de la equidad y la justicia para todos y todas.

Dónde buscar y encontrar los principios de esta civilización del trabajo

Sin duda, no en el pensamiento dominante. Como estrategia de acción procede buscar acercarse a las mayorías excluidas, tanto para conocer la realidad como para luego ser la razón pública de la razón popular, para lograr conciencia de clase y de necesidad de cambio. Una lógica para la vida no se encuentra en el capitalismo, se encuentra en aquellos para quienes la vida les es preciada, aquellos que están fuera del capitalismo, aquellos que viven excluidos del sistema, y a quienes esta exclusión les da, además de precarización, sentido y conciencia de transformación. Se encuentra, entonces, en los espacios que deja la economía capitalista y desde quienes ahí se encuentran.

La necesidad fuera del capitalismo da lugar a la esperanza; dentro de él, a la explotación. Nosotros —y al decir nosotros me refiero a mis colegas del Departamento y otros cercanos— pensamos que esto da lugar a una lógica económica más solidaria. Aquiles Montoya le llama “economía solidaria”, “economía popular” o “economía del trabajo”. Avances en la economía solidaria existen: teóricos y prácticos, en la Universidad y en las comunidades pobres, lugar privilegiado de realidad. El reto es avanzar más en el conocimiento y en la elaboración de esta civilización de la pobreza. A continuación se presentan algunos elementos esenciales de esta nueva construcción.

La economía solidaria es una respuesta, una de las formas que adopta la lucha por la sobrevivencia, y, en este sentido, es una estrategia antipobreza que se fundamenta en subordinar la maximización de la utilidad monetaria a través del mercado, a la maximización de la vida en sentido integral a través de la acción colectiva y solidaria. Al surgir en los márgenes, en los espacios liberados de la lógica capitalista, lleva a la necesidad de un mundo donde quepamos todos y todas. Por esto mismo, uno de sus elementos innovadores es que los sujetos son, en efecto, sujetos, constructores en la realidad, y no actores siguiendo una receta dictada desde fuera.

La economía solidaria no es una simple estrategia de sobrevivencia, tiene además un componente de resistencia y rebeldía, de liberación: en el largo

plazo también quiere cuestionar y eliminar las causas estructurales de la pobreza y exclusión, eliminando todo lo que amenace la vida; es una estrategia de vida alternativa. Ello lleva, de forma inexorable, a enfrentarse al capital y proponer una civilización basada en el trabajo y la pobreza, entendida no como carencia, sino como lugar de esperanza y utopía. Y como toda utopía, tiene su origen en la desesperanza y desesperación, pero en ella el sentido de utopía se transforma y deja de ser “el lugar que no está en ningún lugar” para convertirse en “lo aún no realizado pero por realizar”. Se trata de una utopía dinámica, que moviliza y hace camino.

El modelo busca la construcción de una nueva sociedad de personas libres (que se reconocen mutuamente como tales), con propiedad colectiva de los medios de producción, propietarias de su trabajo y de los frutos del mismo, con plena conciencia de lo que hacen. En resumen, en palabras de Aquiles Montoya, se trata de una “realidad estructurada y cambiante que si bien por ahora no posee todo aquello que sería necesario, ello no implica que no pueda llegar a poseerlo al desarrollarse”.

Encontrar una nueva forma de enfrentar la vida requiere del conocimiento de la realidad, de lo que la niega y de lo que la confirma y ratifica; de elaboración y reflexión teórica; de acompañamiento a las mayorías populares; de difusión de esta nueva estrategia de vida. En la Universidad existen semillas plantadas. Es importante ubicarnos en la dimensión de lo posible para lograr transformar la sociedad.